

La mirada inocente: una reflexión sobre el estudio de la Gerontología en Venezuela

(The Innocent Look: A Reflection on the Study of Gerontology in Venezuela)

Blanca De Lima Urdaneta*, Jorge Jaber Ferretis**

Resumen

Este ensayo tiene como finalidad mostrar que la gerontología se nutre de dos discursos: el que exalta y valora la ancianidad y el que la estigmatiza. Se presenta la noción bíblica patriarcal del anciano y la noción heredada del pensamiento griego, mostrando cómo desde el advenimiento de la modernidad el anciano deja de ser percibido como sujeto y pasa a ser sólo un cuerpo en el cual se resume la exclusión. Todo el esfuerzo que culmina en la sobrevivencia de un número cada vez mayor de personas desemboca en su estigmatización. Sin embargo, el cuerpo anciano todavía vive, por tanto es objeto del imperativo moral vigente en occidente que obliga a cuidarlo. Este desarrollo es la base de una aproximación crítica a la práctica de los estudios universitarios de gerontología en Venezuela, revisando cuatro horizontes del problema: la semántica, la crítica metafísica, la crítica simbólica y la crítica política. Esta última permite dar cierre al ensayo y nos dice que el anciano ha comenzado a morir y que como tal debe aceptar su condición posthumana, es decir, convertirse en parte dócil de una dinámica social que resulta excluyente respecto de la vejez misma. En suma, se le exige asumir actitudes pasivas en respuesta a las de los profesionales encargados de velar por su integridad, y que en el caso venezolano resumimos en lo que llamamos "la mirada inocente": una actitud política asistencialista enraizada en lo académico que elude la problemática del geronte so capa de volcarse a él con una mixtura de conocimiento especializado y sentimientos de empatía, omitiendo los aspectos dolorosos y reduciendo el tránsito del envejecimiento a un proceso exitoso si el geronte, su familia y el gerontólogo logran una actitud positiva y predomina la prevención en materia de salud.

Abstract

The purpose of this essay is to show that gerontology is supported by two ideas. The one that praises and appreciates old people and the other that stigmatizes. Both patriarchal biblical notion of old people and the notion inherited by the Greek are introduced in this paper, showing how since the advent of modernity old people are not longer perceived as a person and just becomes an excluded body. All the effort that culminates in the survival of a growing number of people leads to stigmatization. However the body of old people is still alive, that is why it is object of a standing moral imperative in west that compels to take care of it. This development is the basis of a critical approach to the practice of gerontological studies in Venezuelan universities, reviewing four problems: semantic, metaphysic criticism, symbolic criticism and political criticism. The latter allows us to finish the essay and tells us that old people have begun to die, so they must accept their posthuman condition. They have to accept becoming a docile part of a social dynamic turning out to be excluding with respect to aging itself. Simply put, old people are demanded to assume passive attitudes towards the professionals in charge of ensuring their integrity. In Venezuela this is called "the innocent look": an assistance political attitude originated in the academic aspect the ignores the problematic of old people under the guise of turning to them with a mixture of expertise mixture and feelings of empathy, excluding the painful aspects and reducing the aging transition to a successful process if old people, their families and gerontologists achieve a positive attitude and health prevention prevails.

Palabras clave: viejo, anciano, biopsicosocial, metafísica, política.

Key words: old, old people, biopsycosocial, metaphysics, political.

* Docente asociado tiempo completo en el Programa de Gerontología. Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda. Coro, Venezuela. blancadelima@hotmail.com.

** Docente asistente tiempo completo en el Programa de Gerontología. Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda. Coro, Venezuela. jorgejaber@yahoo.com.

Introducción

El presente ensayo es producto de un trabajo nacido tras años de participación como docentes en el Programa de Gerontología de la Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda (UNEFM), Coro, estado Falcón; única universidad que gradúa gerontólogos en Venezuela. Esta carrera, de nivel licenciatura, ha realizado un esfuerzo encomiable para construir una posición teórica que sin duda cristalizó en un discurso coherente. El Programa no mantiene polémica académica alguna con instituciones similares ni en su interior, situación que ha conformado un escenario que presenta la posición teórica del Programa como la única posible o cuando menos la óptima.

Este panorama, donde ningún argumento es refutado y donde todo aparece como solucionado, hace difícil profundizar, matizar y encontrar nuevos caminos al desarrollo teórico. La idea de que el planteamiento académico ofertado por el Programa está más allá de cualquier cuestionamiento, además de dificultar el enriquecimiento teórico, conlleva a la trivialización de la gerontología.

La finalidad principal de este ensayo es mostrar que la gerontología se nutre de dos discursos que aparecen como diametralmente opuestos, pero que –debido a un diálogo ya milenario– han terminado por mezclarse de manera tan abigarrada que en ocasiones resulta difícil distinguir uno del otro. Sin embargo, hay que recordar una y otra vez que la gerontología se nutre de una rica y apasionada discusión que enfrenta posiciones encontradas.

Así, este ensayo fija su atención en la unidad de contrarios formada por el binomio de las leyendas blanca y negra de la vejez, relacionadas con el estudio de dos palabras contrapuestas: vejez y ancianidad, que a su vez nutrirán los discursos antagónicos en la actual gerontología. Sin duda, se podrá objetar lo difuso que resulta el estudio de estas dos palabras, en realidad el estudio de una ambigüedad.

En nuestra defensa citamos a David Le Breton quien eligió como hilo conductor de su estudio sobre la modernidad al cuerpo. El sociólogo explica así su estrategia: se tomó –nos dice– un desvío por la etnología y la historia “...para poder investigar desde un ángulo insólito, y por lo tanto más

fértil, cierto número de prácticas, de discursos, de representaciones y de imaginarios relacionados con el cuerpo en la modernidad”¹. Esperamos que la aproximación hecha a partir de este ensayo resulte tan fructífera como insólita.

1. El problema

El Programa de Gerontología de la UNEFM sustenta su práctica en lo que llamamos “la mirada inocente”, una actitud política asistencialista enraizada en lo académico que elude la problemática del geronte venezolano, a so capa de volcarse a él con una mixtura de conocimiento especializado y sentimientos de empatía que omiten los aspectos dolorosos y obliga a pensar el tránsito del envejecimiento como un proceso exitoso, siempre y cuando el geronte, su familia y el gerontólogo se sintonicen en una actitud positiva y predomine la prevención en materia de salud. Esta posición, lejos de contribuir a subvertir el orden social que menosprecia a la vejez, refuerza la condición de dependencia de los ancianos a la vez que potencia la visión de la juventud como un estadio omnipotente, concepción propia de la modernidad.

La base teórico-conceptual del Programa de Gerontología, siendo una carrera de corte social, se ha construido con conceptos tomados de la medicina y de los organismos internacionales relacionados con el tema de la vejez. El Programa entiende que los conceptos sancionados por instituciones internacionales como la ONU y la OMS son suficientes, por tanto no dialoga en su interior ni en el exterior y concibe innecesaria la maduración de un aparato crítico que no rebasa la polémica de la medicalización en la atención gerontológica y, a partir de ella, la crítica al accionar del Estado venezolano.

Por lo antes planteado, evita o reduce al mínimo la incorporación a su *pensum* de temas provenientes de disciplinas como la filosofía, la antropología, la economía, la historia y la sociología; eludiendo la crítica interna y la problematización del cuerpo teórico. Lo que resulta de esta perspectiva es una mirada inocente que oculta la tragedia que significa envejecer en Venezuela para un amplio sector de la población.

Para comprender lo que oculta la mirada inocente es necesario revisar cuatro horizontes del problema. En primer lugar la semántica, pues las palabras con que se enuncia el concepto ya contienen –en

potencia– los diversos discursos sociales. En segundo término la crítica metafísica, que contiene todos los horizontes y desde la cual se problematiza el supuesto básico del que parte la gerontología más tradicional: la escisión de lo humano en cuerpo y alma. En tercer lugar la crítica simbólica, que se funda en la concepción de que el ser humano se constituye como tal por mediación del trabajo con los símbolos, y que este trabajo se desarrolla con él y a través del cuerpo; siendo el cuerpo envejecido un instrumento y un símbolo que enuncia que el individuo ha comenzado a morir. Por último la crítica política, sustentada en la existencia de una política de edades que determina el concepto y significado de la vejez; esto es, que la sociedad controla “...el desenvolvimiento de los individuos en relación con el concepto de edad, en forma análoga a como pauta y determina el concepto de género”².

2. La semántica

2.1. El sentido de las voces vejez/ancianidad

En una primera mirada el concepto vejez aparece como algo homogéneo y simple. Se trata de una voz circunscrita a cotas cronológicas: la senectud es lo que sobreviene a la adultez y es producto del paso por la infancia y la juventud, siendo la diferencia básica entre los extremos que al momento del nacimiento el ser carece de pasado; mientras en el momento de la muerte, la vida sólo es pasado y no posee ya posibilidad futura. Al indagar un poco en los dominios de la filosofía, la biología, la historia y la antropología aparece un campo signado por contrastes excluyentes que parecen coexistir bajo el paraguas de esa mirada superficial y en apariencia inocente.

En la medida en que el estudio de las palabras sea tarea compleja, sobre todo para quienes no somos versados en el campo, es razonable empezar por lo más simple: la sinonimia. Abordamos la serie ancianidad, vejez.

Para la Real Academia Española de la Lengua, la palabra anciano remite, entre otras acepciones, a una persona de mucha edad, a algo antiguo (que existe desde hace tiempo)³. La palabra viejo remite a la persona de edad, la que cumplió 70 años, a lo antiguo o del tiempo pasado, pero también a lo deslucido y estropeado por el uso⁴.

En el Diccionario de Sinónimos Castellanos, Roque Barcia distingue con mayor claridad; así, viejo se refiere a la edad y anciano a las cualidades del espíritu. El viejo se asocia con achaques, defectos, descalificaciones y temor; el anciano a la experiencia, a las cualidades del espíritu y personalidad, a la veneración y la virtud⁵.

Gili Gaya, a finales del siglo XX, también señala como sinónimo de anciano a viejo y acota que la primera: “...sólo se dice de las personas, no de los animales ni de las cosas”⁶. Cuando el autor razona vejez insiste en que ésta y vetusto se emplean para personas y cosas, pero amplía lo dicho con un elemento muy interesante para el presente estudio: “Ancianidad –dice– añade un matiz respetuoso”⁶.

Desde el campo de la etimología, Joan Corominas resume en forma admirable el sentido general de ambos términos: si la palabra anciano, que deriva de “ante” y se utiliza desde mediados del siglo XIII, transmite la noción de sabio y respetable; la voz vejez, en cambio, deriva del vocablo *vetus*, y tiene como sinónimos “deslucido” y “estropeado por el uso”, asociándose con el verbo vejar y sus derivados⁷. Con lo cual el DRAE se pliega a estas definiciones.

Este juego de espejos que une al anciano venerable y al viejo estigmatizado es motivo de reflexión para Simone de Beauvoir al estudiar la condición del anciano en el siglo XX. Ella explicó así esta dicotomía: “La imagen sublimada que se propone de ellos es la del sabio aureolado de pelo blanco, rico en experiencia y venerable, que domina desde muy arriba la condición humana; si se apartan de ella, caen por debajo: la imagen que se opone a la primera es la del viejo loco que chochea, dice desatinos y es el hazmerreír de los niños”⁸.

Resumiendo, tenemos que la palabra viejo está en relación con el orden físico en tanto se refiere al tiempo; anciano es un hecho social en relación con el orden político e implica una jerarquía superior. En suma, la primera se refiere al orden de lo material y la segunda a lo espiritual. Y como en tantos otros aspectos medulares de la cultura occidental esto nos retrotrae, una vez más, al pensamiento de Platón.

2.2. El vocablo “viejo” en Venezuela

Cabe precisar que en el ámbito venezolano se utiliza viejo (a) como apelativo de afecto. El Diccionario

de Venezolanismos precisa, en primer lugar, que sustituye a padre o madre; en segundo que "se usa en términos cariñosos entre amigos, familiares, etc., aunque sean jóvenes o para dirigirse a personas mayores a quienes se trata con familiaridad"; y, en tercero, que en los llanos es una "...criatura fantástica con que se asusta a los niños"⁹.

Por lo demás, encontramos que los derivados de vejez, cuando son referidos al ámbito sexual, tienen un sentido despectivo, tal como reporta el Diccionario Erótico de Venezuela; en éste, lo primero que llama la atención es la ausencia de voces derivadas de ancianidad, y que las varias provenientes de vejez: vejarana, vejestorio, viejo baboso, viejo (a) verde; sean notoriamente descalificadoras¹⁰.

A juicio nuestro, el uso de viejo tanto en el sentido afectivo como despectivo, en Venezuela en particular así como en Latinoamérica en general, lejos de desdecir la antinomia ancianidad-vejez se explica en el sentido de que, por giros propios del castellano en tierras americanas, la voz vejez recogió en sí misma la ambigüedad ancianidad-vejez. Sin embargo, cuando el hablante debe elegir entre las dos voces, vejez conserva su adscripción al orden físico espacial y ancianidad al social político.

2.3. Otras acepciones

En la conformación de las leyendas blanca y negra son importantes otras acepciones no directamente relacionadas con la semántica. En primer lugar la noción judía de anciano. Al respecto, lacub señala que la Enciclopedia Judaica Castellana indica que la palabra "anciano" es utilizada en el Talmud como "...expresión poética para designar a Dios (...), o para indicar que ÉL es anterior a Todo"². Así, explica lacub, el pueblo judío entendía por vejez un saber sobre el colectivo mismo; sobre sus orígenes y modos de organización comunal: elementos primordiales de la cohesión étnica. Recuérdese que según sus anales descienden de una pareja de ancianos.

Por otra parte, en la Biblia una larga vida es una bendición. Dicho de otro modo, una vejez feliz era la recompensa que obtenía el individuo por el debido acatamiento de los principios comunitarios. Vista más de cerca esta problemática tenemos que las bondades implícitas en la noción anciano estaban enmarcadas en el modelo patriarcal, que suponía una estructura política en la cual el anciano o grupo

de ancianos estaban a la cabeza del pueblo. Hay que tener en cuenta que el significado literal de patriarcado es gobierno del padre. Al hablar de la ancianidad en los libros sagrados, Simone de Beauvoir nos dice que éstos: "...describen una sociedad patriarcal donde los grandes antepasados, a quienes atribuyen edades fabulosas, eran los elegidos y los portavoces de Dios"⁸.

Esta noción bíblica, previa a las voces castellanas de ancianidad y vejez, se desplegará en la patrística, en la alta y baja Edad Media y llegará a la actualidad, no sin antes transformarse incluso en extremos opuestos, siempre dependiendo del diálogo étnico y político de los pueblos.

3. La crítica metafísica

Desde el advenimiento de la modernidad la percepción común reduce a quien envejece a su cuerpo, al tiempo que lo desliga de su biografía. El anciano deja de ser percibido como sujeto y pasa a ser sólo un cuerpo en el cual se resume la exclusión. El cuerpo anciano todavía vive, por lo tanto es objeto del imperativo moral vigente en Occidente que obliga a cuidarlo. Obligación moral de gran importancia en el pensamiento judeo cristiano. De esta manera, la historia del envejecimiento oscila entre la reprobación y la conmiseración.

Es necesario precisar que a lo largo de la historia de Occidente la concepción del envejecimiento ha cambiado. Los primeros versículos de la Biblia establecen que la vida es buena por sí misma, de lo que una larga vida era consecuencia de la voluntad divina. De la tradición judía se heredó la noción del anciano venerable y el imperativo moral de cuidar su vida hasta el último instante. El pensamiento griego establece la conocida ecuación que iguala belleza con bondad y estas cualidades con juventud; se asiste a la exaltación de lo joven, de la cual se desprende un cuerpo de tensiones bipolares que conforman las nociones básicas del proceso juventud-senescencia.

Como fundamento de todo el aparato conceptual está la escisión entre cuerpo y alma, donde el erotismo y el amor de pareja se conciben como un llamado del cuerpo y el pensamiento filosófico como reclamo del alma. De aquí se considera que la vejez puede ser dichosa a condición de abandonar con prudencia los llamados placeres sensuales; será desventurada si persiste en el intento de satisfacer

placeres considerados juveniles. Otro eje imbricado es el representado por lo joven como símbolo de lo bello y la vejez de lo antiestético. De esta matriz se desprenderá, unida al pensamiento cristiano, la noción de que los viejos no desean ni aman y, por tanto, la prohibición social del anciano como sujeto deseante.

Un eje más es el de la dicotomía entre dioses y humanos, en que los primeros son perfectos en tanto no envejecen ni mueren, mientras los humanos están sujetos a la degradación por efecto del tiempo: degradación que conduce a la condición de estigmatizado. De aquí la noción del alma inmortal en oposición al cuerpo mortal, que instauró la ya muy larga tradición de desprecio al cuerpo envejecido.

Estas nociones se desplegarán tanto en la patrística como en la escolástica y sobrevivirán a la Revolución Industrial; perviviendo y ajustándose a los principios de la modernidad, llegando potenciados a nuestros días, aunque siempre en diálogo con la idea del anciano como un ser venerable.

De la misma manera, este juego de contraposiciones está en la base del actual criterio etario y de los postulados reductores de la vejez. En la medida en que envejece su experiencia y su memoria dejan de ser bienes apreciados por sus congéneres: "El anciano se desliza lentamente fuera del campo simbólico, deroga los valores centrales de la modernidad: la juventud, la seducción, la vitalidad, el trabajo. Es la encarnación de lo reprimido". Termina por ser ubicado al margen y en un lugar impreciso por una modernidad que "ya no sabe simbolizar el hecho de envejecer o de morir"¹.

Por lo demás, este proceso tiene matices de género: la mujer vive de manera más acendrada este proceso. En ellas el eclipse corporal comienza con la infertilidad menopáusica; la mujer debe iniciar la convivencia con un juego de fachadas sociales y personales cada vez menos prometedoras en imagen y más difíciles de alcanzar y mantener. Los varones que envejecen suelen conservar un excedente de atractivo social.

Frente a este problema la gerontología tiene dos posibles caminos. El primero, partir de considerar que la vejez es la etapa de la vida en que la unidad de lo biológico y lo psicológico es más evidente y determinante que en cualquier otra etapa. Etapa en que, más que nunca, se hace conciencia del cuerpo:

"En el envejecimiento yo soy mediante mi cuerpo, y en contra de él; en la juventud, yo estaba sin mi cuerpo y con él. Cuando supere el estado de envejecimiento y entré a formar parte del ejército de los viejos, seré tan sólo cuerpo y nada más, cuerpo como progresiva pérdida de energía y como aumento de sustancia: hasta que, en el momento en el cual incluso la sustancia llegue a descomponerse en sus elementos, yo ya no seré yo ni ninguna otra cosa"¹¹.

El otro camino posible, el elegido por el Programa de Gerontología, consiste en pensar la vejez desde la escisión: cultivar un alma joven en un cuerpo envejecido; cuerpo que, a efectos prácticos, queda bajo el poder de lo gerontológico, que en este caso se asume como un apéndice del saber médico, el cual termina por ser ejercido con los parámetros de vigilancia y castigo descritos por Foucault. De esta manera, la idea de la inmortalidad del alma se convierte en la esclavitud voluntaria del anciano, quien convencido de que posee un espíritu eternamente juvenil, delega en los otros el cuidado de su cuerpo, tal vez sin reparar en que quien delega en otro el cuidado de su propio cuerpo renuncia a su condición de sujeto.

3.1. *La crítica metafísica y el Programa de Gerontología*

Paradójicamente, el discurso académico del Programa de Gerontología parte de una postura que dice ser crítica de las políticas y los programas sociales que el Estado venezolano ha aplicado a lo largo de décadas; y crítico con las distorsiones que desde el campo de la medicina se ciernen sobre la gerontología. Para esto muestra cifras reveladoras de la transición demográfica y asegura avanzar hacia una visión transdisciplinaria para instalarse en un modelo nacido y desarrollado en el área médica: el biopsicosocial^a, al que se han adicionado de manera no estructural y en forma progresiva otros conceptos como ética, equidad, bienestar, espiritual y envejecimiento exitoso.

^a El modelo biopsicosocial se presenta como un modelo holístico de salud-enfermedad, que busca superar el llamado modelo biomédico. Tiene su basamento macro en la teoría general de sistemas. Procede del campo de la psiquiatría, siendo su creador Georges L. Engel (1913-1999), quien propuso una explicación para la enfermedad psicosomática que rebasara los términos bioquímicos, cuestionando así el modelo biomédico.

Esta herencia teórico-conceptual se comprende por haber sido creada la carrera por médicos y estar inserta, desde sus orígenes, en el área de Ciencias de la Salud, aunque el profesional tenga un perfil social. La adición progresiva de categorías intenta un deslinde infructuoso con la matriz que marcó su nacimiento y la orienta hasta la actualidad, deslinde que fracasa porque no se reflexiona la pertinencia de las categorías, los paradigmas que las soportan, ni la forma en que se utiliza académicamente el modelo biopsicosocial, ante el cual nunca se ha asumido una actitud de reflexión, como sí se ha hecho ya en el área médica^b.

La propuesta del Programa de Gerontología se soporta en el envejecimiento con bienestar o envejecimiento exitoso, unido al envejecimiento activo; todo ello para configurar un envejecimiento sano que se administra a través de programas abiertos diseñados, ejecutados y evaluados por los gerontólogos. Pero las nociones de bienestar, éxito, salud y actividad, tal como se administran en la formación del gerontólogo venezolano, en realidad significan lo contrario a la restitución del sujeto.

El gerontólogo niega al ser deseante que hay en cada anciano y lo reduce al cuerpo como proceso. Queda limitado a un profesional muy útil en función de las necesidades del Estado, pero incapaz de reflexionar el problema de la vejez en toda su complejidad. Así, el gerontólogo en Venezuela está impedido para ver que: "La imagen del cuerpo no es un dato objetivo, no es un hecho, es un valor que resulta, esencialmente, de la influencia del medio y de la historia personal del sujeto. No hay nunca apreciación bruta de las sensaciones del cuerpo, sino desciframiento, selección de los estímulos y atribución de un sentido"¹.

El resultado final ha sido un discurso contradictorio, donde los conceptos se definen, pero no se estudia su significado, se obvian los cambios que en el nivel subjetivo marcan la vejez –ocultos en la idea de la mente siempre joven–, y se traslada el problema corporal al campo de la promoción de la salud y la medicina preventiva –el envejecimiento saludable–. El cuerpo del placer se olvida y se impone el cuerpo de la salud.

^b *Un reciente y valioso aporte al área médica lo hace Juan Manuel Gasulla Roso en su artículo Crítica y alternativa formal al modelo biopsicosocial de enfermedad según Engel, ubicable en psiquiatría.com.*

4. La crítica simbólica

Decía Montaigne que "El fruto más acabado de mi salud es el placer"; sin embargo, acota Savater: "...hoy parece que se han invertido las tornas, no se considera sano lo que produce placer, sino más bien placentero lo que produce salud"¹². ¿Y salud para qué sino para vivir más? ¿Y cuál es el sentido de vivir más si al final se debe soportar la vejez como un estigma?

Asegura Gil Calvo, cuando discute qué indicadores de desarrollo y modernización se tienen para mostrar el cambio ocurrido de fines del siglo XIX a nuestros días, que sólo dos cuentan en su haber con casi total unanimidad: "el crecimiento exponencial de la población y (...) el asombroso incremento de la longevidad humana"¹³. En los países más industrializados la esperanza de vida pasó de los 30 o 35 años a comienzos del siglo XX, a cifras actuales de 77 años en promedio, siendo de 74 años para los hombres y 81 para las mujeres. Ello ha incrementado de manera notoria el porcentaje de ancianos, que alcanza a 16% contra apenas 17% de menores de quince¹⁴.

Y, precisamente, en estos escuetos datos está encriptada buena parte de la contradicción. Por un lado todo el esfuerzo humano que culmina en la sobrevida de un número cada vez mayor de personas y, por el otro, la estigmatización de esas mismas personas. Se trata del sinsentido del esfuerzo médico y sanitario mundial, ahí donde éste es exitoso, que al parecer lo único que logra es producir ancianos que pasan a considerarse estorbos. Goffman los califica de "desviados normales"¹⁵.

Así, tenemos por un lado una sociedad que exalta y valora la juventud por sobre todo: el cuerpo atlético y sano, asociado al desarrollo vital y fachadas sociales aprobatorias, a lo que se suma el imperativo de suprimir todo lo que llame al envejecimiento. El anciano se enfrenta a una imagen de su cuerpo, es decir, a una representación personal que no concilia con su esquema corporal: "El modelo cultural vigente condiciona desde dónde el individuo buscará satisfacer el requisito narcisístico de ser reconocido y valorado (...) Ese cuerpo decepciona al sujeto en la medida que supone la desilusión del otro"¹⁶.

Pero como el paso de la adolescencia a la adultez y de ésta a la vejez es por demás difuso, lo que

resulta determinante es cuándo se deja de ser percibido como joven por los demás; pues se parte –sobre todo después del triunfo de la modernidad– de que el ideal supremo es mantener la apariencia juvenil hasta el momento mismo de la muerte. Y ese tránsito, que puede durar décadas, suele vivirse de modo angustioso, pues el ser humano se constituye como tal por mediación del trabajo con los símbolos; y este trabajo se desarrolla con él y a través del cuerpo. De esta manera, el cuerpo envejecido es ya un instrumento y un símbolo que enuncia que el individuo ha comenzado a morir. Se trata, entonces, de un viejo –ese ser instalado en la posthumanidad de que nos hablan Dutch y Mèlich– que sufre y que simboliza la vejez asociada al dolor¹¹. Y es este el dolor que cubre con delicados eufemismos la mirada inocente.

En suma, las actitudes compasivas que reducen al anciano a receptor pasivo sólo de ternura, apoyadas en la mirada inocente, en realidad excluyen al anciano de la esfera de las pasiones y lo presionan para que acepte nuevas reglas de juego. Quien envejece libra una permanente lucha entre el deber ser social y sus capacidades y potencialidades. Bien dice Jankélevitch que el envejecimiento es una muerte diluida¹¹.

5. La crítica política

La política de edades coloca a cada cohorte etaria en su lugar específico; le asigna derechos y deberes, le dice a qué acceder y a qué no. La edad es uno de los lugares privilegiados del ejercicio del poder.

Buena parte de la teoría social gerontológica gira alrededor de proponer con base en analizar y/o criticar la política de edades. Sólo rescataremos dos ejemplos que cubren un amplio tramo histórico de su desarrollo. La teoría del retraimiento, de Cummings y Henry, es, tal vez, la más clásica justificación de la segregación a partir de la edad y cómo esta renuncia del viejo a todo lo que no sea prepararse para morir es deseable y aceptada en forma mutua por la sociedad y el individuo que avanza en la edad. La teoría del intercambio en la vejez, de James Dowd, nos propone visualizar el problema a partir de una sociedad cuya dinámica arroja un viejo con menos recursos (ingresos, educación, salud...), –es decir, menos poder–, interactuando en desventaja contra jóvenes que concentran los recursos que él ha perdido, trayendo como resultado la retracción social de la gente mayor.

La política de edades puede visualizarse como una campana de Gauss, ubicándose en sus extremos la infancia y la vejez. Pero a diferencia del niño, ser pleno de derechos que se incrementan a medida que avanza hacia la juventud y adultez, la política de edades es reductiva respecto a la vejez. Recordemos en este sentido a Goffman y su análisis del paso de desacreditable a desacreditado, culminando en el estigma social¹⁵. Nosotros agregamos el concepto de renuncia.

La edad reflejada en el rostro y cuerpo es uno de los ejemplos más gráficos sobre la política de edades y el concepto de desacreditado; el individuo tratará de ocultarla porque la edad avanzada niega posibilidades para la educación, el trabajo, la sexualidad y otras. A diferencia de otros desacreditados, que devienen en dicha categoría por circunstancias fortuitas (accidentes, enfermedades) o porque desde su nacimiento poseen la desventaja biológica o social que los enmarca en dicha categoría (color de la piel, pobreza), el adulto mayor viene de una prolongada condición de “normalidad” social. Ha vivido todas sus edades bajo la condición de individuo socialmente aceptado y posee una autoimagen en cuya construcción ha invertido toda su vida. Diversos sucesos de distinto orden le van haciendo transitar hacia la categoría de desacreditado, en la medida que no puede ocultar su vejez, que tiene un alto grado de visibilidad social y corporal.

La visibilidad social se relaciona en forma directa con la identidad social y la adquisición de ciertos estatus. La visibilidad corporal con los cambios que la imagen del cuerpo vivencia a medida que se avanza en la edad. Muchos de ellos son cambios graduales y que pueden anticiparse, pero los hay también inesperados; y siempre influyen sobre la autoimagen y la autoestima. La tendencia del medio social es hacia el reflujo en función de la política de edades. Al extremo, lo que deberían ser cambios parciales de tipo orgánico o social, son elevados por la dinámica social a cambios totales y anulatorios.

La crisis es obvia: el anciano se ve a sí mismo de una forma, mientras la sociedad lo ve de otra y le exige comportarse acorde con su edad. ¿Y qué es comportarse en la edad avanzada? Comportarse es renunciar. Quien envejece va sumando desventajas de todo orden, que provienen de un discurso de renuncia a lo que fue –según la sociedad– y a lo

que es –según él mismo–. La política de edades impone centrarse en el estado de salud y retraerse de placeres, funciones y derechos que, debe entenderse, son propios y sólo propios de las edades juveniles y adultas. El espacio vital se empequeñece.

En la política de edades, los viejos renuncian a las pasiones para centrarse en placeres espirituales y corporales centrados en la preservación de la salud. Se les exige prudencia y ésta debe entenderse como la renuncia a los llamados placeres sensuales y el acatamiento de su condición de gente mayor.

La política de edades nos dice que el individuo ha comenzado a morir y que como tal debe aceptar su condición posthumana, sólo le queda al anciano aceptar convertirse en parte dócil de una dinámica social que resulta excluyente respecto de la vejez misma. En suma, se le exige asumir actitudes pasivas en respuesta a las actitudes compasivas de los profesionales encargados de velar por su integridad. Los gerontes omitirán su tragedia y los gerontólogos le mirarán con la mirada inocente.

Referencias bibliográficas

1. Le Breton D. Antropología del cuerpo y modernidad. Buenos Aires: Nueva Visión; 2006.
2. Iacub R. Erótica y vejez. Perspectivas de occidente. 1ª ed. Buenos Aires: Paidós; 2006.
3. Real Academia Española. Diccionario de la Lengua Española. Vol. 1. 22ª ed. España: Real Academia Española; 2001.
4. Real Academia Española. Diccionario de la Lengua Española. Vol 10. 22ª ed. España: Real Academia Española; 2001.
5. Barcia R. Sinónimos castellanos. 13ª ed. Argentina: Sopena S.A.; 1974.
6. Gili S. Diccionario de sinónimos. 7ª ed. España: Bibliograf S.A.; 1978.
7. Corominas J. Breve diccionario etimológico de la lengua castellana. 1ª reimpression. Madrid: Gredos; 1976.
8. De Beauvoir S. La vejez. 3ª ed. Buenos Aires: Sudamericana; 1980.
9. Tejera MJ. Directora. Diccionario de Venezolanismos. Vol. 3. 2ª ed. Caracas: UCV-Academia Venezolana de la Lengua-Fundación Edmundo y Hilde Schnoeggass; 1993.
10. Salazar M. Diccionario Erótico de Venezuela. Caracas: Vadell Hermanos; 2001.
11. Duch L, Mèlich JC. Escenarios de la corporeidad. Antropología de la vida cotidiana. Vol. 1. España: Trotta; 2005.
12. Savater F. Las preguntas. En Gil Calvo, Enrique. Editor. Los placeres. Éxtasis, prohibición, templanza. España: Tusquets; 1992.
13. Gil E, Homo Faustus. En Gil Calvo, Enrique. Editor. Los placeres. Éxtasis, prohibición, templanza. España: Tusquets; 1992.
14. Population Reference Bureau. Cuadro de datos de la población mundial 2008. EUA: Edición PRB; 2008.
15. Goffman E. Estigma. Argentina: Amorrortu Editores; 1970.
16. Fajn S, Knopoff L, Picoli C, Zarebski G. Psicología de la función del cuerpo en la vejez. Página 12 [periódico on-line] 2000 oct. 26 [acceso 07-01-2009].
17. www.Pagina12.com.ar/2000/suple/psico/00-10/00-10-26/psico01.htm.